

KING ARRIVES TODAY, es decir, REY LLEGA HOY, proclamó el titular de la Decorah, Iowa *Journal* periódico en octubre de 1975. En el momento yo estaba sirviendo como Pastor Asociado en la Iglesia de San Benito y también como capellán para la comunidad estudiante Católica en Luther College. Yo estaba que no me tenía de contento. Durante semanas, la visita de su Majestad el Rey Olav de Noruega ha sido el murmullo de agitación en la ciudad y en el campus. Esto no fue un presidente o primer ministro. ¡Esto fue la visita de un rey! Encontré un lugar aparte de la ruta por el centro de la caravana de vehículos, y se me permite por un ayudante del sheriff del condado, que era un feligrés, aposté a mí mismo con él una corta distancia de donde la mayoría de la multitud se había reunido. ¡Quería conseguir un buen vistazo al rey! Finalmente la caravana se acercaba (es aquellos días todavía dignatarios fueron en un coche abierto). Como el coche se acercaba, saludé a Su Majestad con la mano. ¡Pero, él no se pareció a un rey! no corona, no cetro, no uniforme militar con medallas. En su lugar, llevaba un traje ordinario de color oscuro y llevaba un formal sombrero de fieltro. ¡Se parecía a algunos Luteranos noruegas locales en un domingo por la mañana cuando se dirigían a la iglesia! Me ha decepcionado. El rey no era lo que esperaba. Pero, aún así, fue un rey.

La misma dinámica está presente en la liturgia de hoy celebrando a Jesús como Rey, que trae el año de la Iglesia de temporadas y fiestas a su fin.

La primer parte del pasaje evangélico de hoy muestra a Jesús en gran medida como un rey. Lo vemos entronizado en gloria, viniendo sobre las nubes del cielo con ángeles ministradores, juzgando a las naciones. Sin embargo, como en varias de las parábolas del Evangelio de San Mateo, de que hemos leído el año pasado, hay una sorpresa. Jesucristo es victorioso; él es un rey entronizado; él juzga todas las naciones. La sorpresa es lo que una vez escuché descrita como el «Escándalo de la Encarnación», la «Doctrina de la Particularidad de Dios».

La fiesta de hoy nos confronta con el mismo desafío como el comienzo del año litúrgico, el misterio de la Navidad: Dios se convierte en nuestra carne en Jesús, el Jesús de la historia, nacido entre y para nosotros, pobre y sin hogar en un establo; él creció en una ciudad remoto e insignificante en un país que estaba bajo el dominio de la nación más poderosa del mundo en su época, un hombre que servían de carpintería como su comercio y eventualmente se convirtió un predicador itinerante cuyas palabras

trajeron esperanza y consuelo a muchos, pero causó alarma a las instituciones religiosas y políticas de la época. Causó tanta alarma que lo arrestaron y lo mataron.

Después de su muerte este mismo Jesús fue revelado y experimentado por sus primeros seguidores como resucitado de entre los muertos y exaltado por Dios como el Cristo de fe. Él fue presente personalmente a ellos y en ellos y en todos los que aceptan la invitación y el riesgo de creer en él, de creer en el amor unificador y vínculo de unidad entre él y el Padre y el Espíritu Santo, quien, a su vez, les incorpora en la vida íntima de Dios ahora, y completamente después de la muerte, los hace miembros del cuerpo de Cristo como la Iglesia, una comunidad de los creyentes. Esta es nuestra historia.

Entonces, la fiesta de hoy es el consuelo y el desafío para ver y atender a Cristo presente en los demás. Nos llama al amor activa, plenamente consciente de que cada encuentro humano es un encuentro con Dios. Ellos, no menos que nosotros, son él.

Todos tenemos la presencia de la Altísimo, no importa como disminuido o devaluado que podemos parecer. Somos cuerpos de Cristo. Cónyuges, hijos, vecinos, así como a los hambrientos, los viejos no deseados, los indefensos niños aún no nacidos, los presos sentados en la cárcel, los inmigrantes, los enemigos, todos aquellos que estamos tentados a etiquetar o de hecho lo hacemos etiquetar como «no es uno de los nuestros» debido a la religión, raza, orientación sexual, o cualquier otra «razón». Ellos, no menos que nosotros, son él. Cada recepción de la Sagrada Comunión reafirma esta verdad: Cristo asume nuestra carne como el suyo. Como uno de mis profesores del seminario nos dijo como un desafío: «Así como doblamos la rodilla en la adoración y en la fe en Cristo en el pan y el vino que, en la santa misa, se convierten en Su Cuerpo y Su Sangre presente en el Santísimo Sacramento, por lo que estamos a doblar la rodilla en la fe y el servicio a la mismo Cristo presente en cada ser humano». ¿Qué pasaría si nosotros aceptamos las palabras de Jesús como real, como cierto, literalmente cierto, «. . . cuando lo hicieron con el más insignificante de mis hermanos, conmigo lo hicieron», sí las aceptamos en nuestros pensamientos, nuestras oraciones, nuestras acciones, nuestra política nacional y extranjera, y nuestras decisiones económicas? ¿Qué clase del mundo, del país, del estado, de la ciudad, de la parroquia, de la casa tendríamos? ¿Estamos listos? REY LLEGA HOY.

20 de noviembre de 2011

Padre Jim Secora